

*Programa para la Promoción de los Indígenas  
“Machiringas” en la Cuenca del Río  
Apurimac-Ene, de Perú*

*Por José R. SABOGAL WIESE, Presidente de la Asociación de Economistas Agrícolas. Colaboración especial para el Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M.*

Los indígenas selvícolas “campas” puede decirse que constituyen el tercer grupo indígena del Perú, tanto por la superficie que ocupan como por el número de sus componentes. Son diferentes de los indígenas de las zonas vecinas de la región de la Sierra, manteniéndose todavía hoy lejos de la influencia de lo que se designa como civilización. El conglomerado de las tribus campas está formado por grupos que adoptan denominaciones diferentes y que hablan formas dialectales también distintas; entre ellos, el grupo de los machiringas ocupa la parte meridional del territorio.

Los campas hacen su aparición en la historia en sus guerras con el imperio incaico, cuya integridad pusieron muchas veces en jaque, siendo contenidos únicamente durante los últimos años del imperio. Durante el coloniaje español se produjo la independencia de los campas, que aniquilaron las misiones y destruyeron a los colonos que se habían asentado en su territorio. Es solamente en la época republicana cuando se conquistó el valle de Chanchamayo en la selva central del Perú, que hoy en día da asiento a una colonización que ha tenido éxito. Allí subsisten algunas familias de los bravos campas originales convertidas en peonaje de las grandes haciendas o aisladas en las márgenes poco accesibles del valle.

*Los machiringas.*—Las tribus campas que ocupan las cuencas selváticas de los ríos Mantaro y Apurímac-Ene se autodenominan “machiringas”. Los contactos que mantienen con la cultura peruana pueden calificarse de limitados y son originados por migraciones de los propios machiringas. Acuden, así, a trabajar a la colonización del Satipo y del Pangoa o entran en contacto con alguno de los 20 000 pequeños colonos serranos que se han establecido en la margen izquierda del río Apurímac. Como habrá de verse más adelante, el problema del encuentro de las dos culturas representa un problema que recién se inicia. Y, a la vez, puede servir de pauta para una política con las numerosas tribus selváticas.

La cuenca hidrográfica a que nos estamos refiriendo tiene una longitud aproximada de 250 kilómetros y un ancho también aproximado de 120 kilómetros. Los machiringas ocupan terrenos entre los 400 y los 1 800 metros s.n.m.m., todos ellos cubiertos de bosque ecuatorial denso que recibe una precipitación pluvial estimada entre 150 y 200 centímetros al año. Las estaciones no son muy marcadas en lo que se refiere a la temperatura, pero sí en lo referente a la precipitación pluvial, estando concentradas las lluvias en los meses de octubre a abril. Los terrenos que ocupan son accidentados, pero forman grandes terrazas aluviales adecuadas para la colonización agrícola en las márgenes de los numerosos ríos.

El territorio de los machiringas limita: por el sur y por las serranías occidentales, con los indígenas serranos; por las selvas occidentales del Satipo y Pangoa, con los campas denominados “incanitiri”; por el norte, con los campas del legendario Gran Pajonal, denominados “pajonalinos”, y, por el oriente, con una verdadera *terra incognita* que se supone poblada por los “machinguengas”, grupo diferente de campas.

El idioma de los machiringas es una forma dialectal del campas, utilizando para comunicarse con el exterior el quechua, aprendido de los campesinos indígenas serranos asentados recientemente en la selva. La población de machiringas puede estimarse, en forma muy gruesa, en unas 5 000 personas. Entre ellas se incluyen algunos incanitiri emigrados de las zonas del Satipo y Pangoa ante el avance de la colonización agrícola durante los últimos años.

ALGUNOS RASGOS DE LA CULTURA DE LOS CAMPAS. La cultura de los campas puede calificarse como una adaptación admirable al medio ambiente que les rodea. Aprovechan los recursos naturales que se encuentran a su disposición con una sabiduría desconcertante, viviendo

sanos y alegres en estado silvestre. Dejan la naturaleza tropical tal como fue creada y se aprovechan solamente de lo que necesitan para vivir, sin destruirla. El estudio de su *modus vivendi* sería de inmensa utilidad para un ecólogo especialista en conservación de recursos naturales, ya que han logrado encajar en el paisaje sin provocar disonancias ni destruirlo. Esto irroga a la vez un bagaje cultural considerable en ciertos aspectos, como, por ejemplo, en sus conocimientos de botánica aplicada. Permítaseme citar un par de ejemplos de esta actitud de los machiringas, tal como pude registrarlos en mi viaje por el río Ene en el mes de agosto de 1959, cuando me encontré, al borde de una laguna con uno de estos "salvajes", fornido, de dos metros de alto, orgulloso y digno, vestido con su "cushma" o túnica de color nogal, pescando con flecha, y con su cara pintada en rojo por el achiote. Al contemplarlo tuve una visión de lo que la conquista española había destruido en Perú y de lo que nosotros mismos podemos destruir hoy en día. En otra ocasión, caminando por el monte en compañía de diez "salvajes" machiringas, nos cruzamos con una víbora en el sendero. Ellos permanecieron impasibles; el animal nos miró y luego continuó lentamente su camino, corroborando aquello de que "los perros son más peligrosos que las culebras, porque atacan al campá".

Los machiringas se agrupan en "camperías" de ocho a diez familias cada una, según la disponibilidad de recursos naturales. Cada uno de estos clanes dispone de una franja que asciende desde las márgenes del río Apurímac-Ene hasta la parte alta. Durante los seis meses de sequía invernal residen al borde del río, pescando. Para esto encauzan los brazos del río, formando enormes pozas ciegas, que, llegado el momento, cierran con cañas envenenadas con raíces de cube (*Lonchocarpus*) que matan a los peces ahí encerrados. Los peces, recogidos a mano, son ahumados en las playas. De esta manera obtienen su ración de proteínas animales para todo el año, con creces. En caso de necesidad practican la caza, en la que resultan muy afortunados, utilizando sus propios implementos. La caza representa, más que una necesidad, un deporte ocasional para proveerse de una golosina.

La ración de hidratos de carbono es provista por la yuca (*Manihot utilisima*), de la que siembran cooperativamente alrededor de entre tres y cuatro hectáreas junto a su campería. Siembran además en los contornos algunos plátanos, naranjos, algodón, tabaco, pituca, maíz, achiote, café, cacao, paltos (*persea*), coca (*Erythroxilon cocae*) y muchas plantas ornamentales vistosas. Los terrenos sembrados van rotando, ya que no soportan más de una cosecha considerable, siendo después abandonados.

En muchos casos esto origina la migración del grupo en busca de otros terrenos. En las partes altas tienen su residencia de verano, adonde emigran al comenzar las lluvias. Ahí también han abierto el monte e instalado sus sembradíos de yucas.

Es a base de la misma yuca cocida, machacada, macerada y fermentada, como fabrican el masato, bebida de grado alcohólico bajo. Sus fiestas las celebran embriagándose con esta especie de cerveza, que los sume en una euforia que coincide con las noches de "licencia permitida".

Las grasas las obtienen ingiriendo cruda o cocida la larva del escarabajo, que parasita una palma, que también siembran al borde de los yucales.

Entre estos sembradíos prospera también el algodón perenne, a base del cual tejían su "cushma" o "sarato" o bolsa de viaje. Para eso utilizaban telares rudimentarios que imitaban a los más complicados de los indígenas andinos. Pero, en los últimos años, han confeccionado su cushma con toyuco comprado o trocado a los comerciantes serranos que acuden hasta las mismas camperías en busca de pescado ahumado. Es por esto por lo que una moneda convencional entre los machiringas lo constituye, cada vez más, una "pieza" de toyuco de un valor aproximado de 75 pesos mexicanos (o de unos seis dólares).

Su misma habilidad les provee de tabaco, que mascan verde, y de recipientes de todas clases, fabricados de las calabazas que cultivan, o de otros frutos del monte.

Toda esta organización económica les permite autoabastecerse sin recurrir a la "civilización". En caso de hacerlo, al contratarse como braceros para el aclareo de los terrenos vírgenes, la "balanza de pagos" les es siempre favorable.

En la utilización de su tecnología son sumamente hábiles y audaces, lo que les permite practicar esta vida a sus anchas, lejos de la nacionalidad peruana. Y, sobre todo, desconociendo sus incentivos y lejos de los valores oficiales.

*La "civilización occidental" y los machiringas.*—He oído de un indígena campa definirse como campa y no como peruano. Por otro lado, su experiencia con los comerciantes de la "frontera" peruana y con los trámites oficiales han hecho que denominen en su lengua a los peruanos como "mentirosos".

En las denominaciones del "Perú oficial"<sup>1</sup> tanto los campos como

<sup>1</sup> Basadre, autor de la obra *Perú, problema y posibilidad*, establece la distinción entre el Perú oficial y el Perú real, a la que nos ceñimos.

otros indígenas selvícolas son denominados indistintamente "salvajes". A esta denominación se unen muchos periódicos, los activos misioneros y los colonos y comerciantes instalados en la selva. Se sobreentiende que estos "salvajes" deban ser civilizados, cristianizados, castellanizados y constreñidos a trabajar como braceros de los nuevos terratenientes. Esta actitud habrá de redimirlos.

He tenido ocasión de gozar de la espléndida hospitalidad de los machiringas y de otros campas en la selva central del Perú, lo que me permite aseverar que no son más salvajes que las gentes de civilización occidental. De atenernos a las palabras del párroco de Puerto Ocopa, doctor José Azángara, los campas no sabían ni mentir ni robar cuando desconocían la "civilización".

La "civilización" ha dado a los machiringas y a otros campas lo siguiente:

1. *Algunos artículos y técnicas nuevas*, tales como la pólvora, herramientas de hierro (sobre todo, el machete), telas de algodón, conservas de pescado, algunas plantas cultivadas e innumerables chucherías. Todo esto ha provocado cierta variación en su vida.

2. *El alcoholismo*, fomentado por los comerciantes y nuevos terratenientes. El consumo consuetudinario de pésimo alcohol de caña va reemplazando el consumo eventual de masato a medida que avanza la colonización peruana.

3. *Nuevas enfermedades* de carácter mortal para los campas, tales como la gripe y el sarampión.

4. *Nuevas oportunidades* para algunos indígenas dentro de la sociedad peruana. Allí llegan a desempeñar oficios secundarios, demostrando ser extraordinariamente hábiles como mecánicos. Esto implica olvidar su cultura, siendo por esto muy pocos los sometidos a esta aculturación forzosa que les confiere un status poco digno.

5. *La catequización cristiana*, pese a que los campas tienen su cosmogonía propia, con un supremo Dios creador y una magia muy importante, desconocida y despreciada apriorísticamente por los "civilizados".

EL PROBLEMA CRUCIAL PARA EL PERÚ Y PARA LOS CAMPAS: LA TIERRA LABRANTÍA. En los florecientes y promisorios valles de la selva central, de Chanchamayo y Satipo, avanza la colonización agrícola incontenible. El monte se delimita, se aclara y se reemplaza por el café, y los campas resulta que ocupan los terrenos de alguien a quien jamás

vieron. Las nuevas plantaciones cambian radicalmente la fisonomía del paisaje; desaparece la caza, los badenes se secan y no se dispone ya de terrenos para la caza. En resumen: se rompe el admirable equilibrio biológico que hacía posible el *modus vivendi* de los campos y se les despoja del espacio vital imprescindible.

Los incanitari del Satipo y Pangoa, afectados por esta colonización agrícola durante los últimos diez años, tienen solamente dos caminos para subsistir:

1. Continuar en los mismos terrenos, convirtiéndose en peones de los colonos, primera alternativa que los convierte en guiñapos humanos asombrosamente parecidos a los miserables peones de los latifundios cuzqueños.

2. Emigrar al lejano valle del río Ene, a vivir apiñados con los machiringas.

La tercera alternativa está limitada a unas pocas familias, por razones de espacio. Consiste en amontonarse en torno de las misiones cristianas, en donde viven mal alimentados, pero a salvo de la codicia de los empresarios foráneos. En la zona del Apurímac-Ene existen dos misiones católicas y dos protestantes.

¿Será por todo esto por lo que los campos "pajonalinos" aseguran que no quieren nada con la "civilización"?

Por otro lado, la nación peruana sufre el fenómeno de la presión demográfica creciente sobre sus ya escasos recursos naturales. Es así como la población serrana se está desbordando sobre la parte alta de este valle, al tiempo que muchos especuladores tienen ya títulos sobre muchos terrenos selváticos baldíos y desconocidos. Por ejemplo, la margen derecha del río Ene tiene ya dueño, íntegramente.<sup>2</sup> Y solamente en el sur del Perú<sup>3</sup> es necesario encontrar ocupación para una población anual de 90 000 personas que materialmente no caben adonde viven y que podrían volcarse sobre este valle.

**SUGERENCIAS PARA UNA ACCIÓN.** Como cuestión previa, es preciso reconocer la existencia del grupo humano de los campos y su derecho a la vida. La ley referente a los terrenos de montaña y colonización

<sup>2</sup> De acuerdo con el ingeniero agrónomo Antonio Saavedra Piñón, de la Dirección de Tierras de Montaña y Colonización, del Ministerio de Agricultura del Perú.

<sup>3</sup> Incluye los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Cuzco, Puno, Tacná, Moquegua, Arequipa. Cifra hallada por el Plan para el Desarrollo del Sur del Perú.

establece claramente a este respecto la concesión gratuita y automática de terrenos a los indígenas selvícolas. Esta disposición no se cumple, ya que los trámites, de suyo complicados, resultan más difíciles para los campas, desconocedores del castellano. Para una aplicación adecuada de esta disposición, el Estado debe proveer a los campas de terrenos antes que a los denunciantes foráneos de terrenos baldíos, de acuerdo con el *modus vivendi* establecido de los indígenas.

Establecida la integridad económica y el respeto a la cultura de los campas, puede iniciarse un programa destinado a proporcionarles técnicas e instrumentos de la cultura occidental, atacando los siguientes rubros:

1. *Sanitario*, en colaboración con sus propios hechiceros.
2. *Educativo*, en su propio idioma. Puede enseñárseles el castellano como lengua extranjera para relacionarse con el resto del país.<sup>4</sup>
3. *De protección y mejor aprovechamiento de los recursos naturales*. Por ejemplo, podría reemplazarse la agricultura trashumante por una de carácter permanente y protegerse la actualmente abundante fauna ictiológica.
4. *De estudio de los machiringas y de la cultura campá*. Con el fin de aprovechar de su tecnología, confiando tal estudio a botánicos, agrónomos, médicos, economistas, sociólogos.

El olvido de este problema provocaría: 1. Un delito de lesa humanidad, como sería el de la extinción de una cultura, y 2. Conflictos de carácter social (¿o colonial?) el día en que los campas supervivientes carecieran de espacio vital a donde emigrar.

En este sentido, la "Escuela Lingüística de Verano" tiene una buena experiencia con los machiringas, habiendo instalado una escuela primaria en el fundo Teresita.